

LA «NOVELA» DE DURRUTI

La historia de la guerra civil española, y de sus antecedentes inmediatos, no ha solido estar escrita por especialistas ácratas. Este hecho puede explicar, perfectamente, la escasa documentación y noticia que hemos tenido hasta ahora sobre la figura de Buenaventura Durruti, el anarquista leonés que comandaría la columna de su nombre en el frente del Ebro y que moriría, a los pocos meses de iniciada la sublevación militar, en el de Madrid, en circunstancias nunca aclaradas satisfactoriamente (*).

El libro de **Hans Magnus Enzensberger** «El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti» tenía, por tanto, asegurada de antemano la atención de quienes, aún sin conocer la poderosa personalidad literaria del poeta y ensayista alemán, ven en la historia española de los primeros cuarenta años del siglo una fuente inagotable de enseñanzas. Pero en esta oportunidad, al interés del tema y de su protagonista principal, hemos de añadir, y en primerísimo término, el de un autor que ha sabido «contar la historia como novela», según diría Norman Mailer.

«El corto verano de la anarquía», que se publica ahora entre nosotros (1), fue editado en alemán en 1972 y traducido a las principales lenguas del mundo en los años subsiguientes. En 1975 se traduce al español, aunque en edición reservada a Hispanoamérica. Los cambios formales de que ha disfrutado la libertad de expresión en los últimos meses en España, nos han permitido acceder por fin a él. El método seguido por Hans Magnus Enzensberger para trazar la «novela» de Durruti es cier-

tamente insólito. Rechazando la «novela de aventuras», por el temor a ser tomado por mentiroso, precisamente cuando ha cesado de inventar y se atiene estrictamente a la «realidad», Enzensberger lleva a cabo un inteligentísimo «montaje» a partir de casi la totalidad de fuentes, la mayoría de primera mano, que se ha procurado. De este modo, la «novela» de Durruti pasa a ser una creación colectiva, una voz anónima y popular, en lugar de deberse a la «calenturienta» imaginación de un solo autor, con todas las limitaciones que tal sistema comporta. Por otra parte, un personaje de la complejidad de Durruti, por sus características, por su entorno social y político, pedía expresamente, para ser abarcado, este enfoque comunitario, esta voz múltiple y polivalente, este rescate de la memoria colectiva que, por ser anónima, con tanta frecuencia se olvida y tergiversa. En 1973, Joan Llach había publicado un libro que tenía cierto parentesco con el de Enzensberger, «La muerte de Durruti»; sólo que silenciaba las fuentes de primera mano (si las tuvo), trataba el conjunto con una ligereza y superficialidad muchas veces irritante y los testimonios no eran la parte esencial del libro, sino contrapunto de un texto «novelero». Los resultados eran, por supuesto, com-

pletamente distintos: el libro del poeta alemán sitúa a una figura legendaria en su exacto contexto histórico, destruyendo una mitología más reticente que apologética; el de Llach agotaba los lugares comunes con una contumacia digna de mejor causa.

El libro de Enzensberger se abre con un prólogo que reproduce las impresiones de un testigo presencial del entierro de Buenaventura Durruti, en la Barcelona de los últimos días de noviembre de 1936. A partir de ahí, el libro se estructura en ocho comentarios del autor, seguido cada uno de ellos de ese «clamor popular» en el que «hasta la mentira irradia su parte de verdad», como ha dicho Francisco Carrasquer sobre la edición holandesa del libro. En el primer comentario, el autor nominal explicita el método seguido: «La novela de Durruti —nos dice— no debe interpretarse como una biografía producto de una recopilación de hechos, y menos aún como reflexión científica. Su campo narrativo sobrepasa la mera semblanza de una persona. Abarca también el ambiente y el contacto con situaciones concretas, sin el cual este personaje sería imposible de imaginar». Y continúa: «el narrador ha omitido, traducido, acortado y montado. Involuntaria o premeditadamente ha introducido su propia ficción en el conjunto de las ficciones, excepto que la suya tiene razón en tanto tolere la razón de las otras. (...) Todo lo que aquí está escrito ha pasado por muchas manos y denota los efectos del uso. En más de una ocasión esta novela ha sido escrita también por personas que no se mencionan al final del libro. El lector es una de ellas, la última que cuenta esta historia. 'Ningún escritor se hubiese propuesto escribirla'. A este primer comentario, siguen breves estudios sobre los orígenes del anarquismo español; sobre el dilema político planteado entre la huelga revolucionaria de 1917 y el advenimiento de la Segunda República en 1931; las tensiones políticas y sociales durante la propia República, entre 1931 y 1936; la concreción del enemigo en las primeras semanas de la guerra; el declive de los anarquistas, por su carencia de un apa-



(*) En torno a la vida y personalidad de Durruti, TIEMPO DE HISTORIA ha publicado recientemente —en su número 24— un amplio trabajo de Ignacio G. Iglesias.

(1) Hans Magnus Enzensberger: «El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti». Editorial Grijalbo. Barcelona, 1976. Traducción de Julio Forcat y Ulrike Hartmann.

rato político organizado, tras los primeros meses en los que el poder les corresponde, sobre todo, en la parte noreste de la península; la figura del héroe, trazada antes por «la desmitificación personal y la mitificación colectiva» que al contrario; y el envejecimiento de la revolución, tras la derrota. Páginas estas últimas emocionantes, que revelan en Enzensberger a un testigo de parte, no por ello menos genuino y verídico: «Esta revolución vencida y envejecida no ha perdido su integridad. El anarquismo español, por el cual han luchado toda su vida estos hombres y estas mujeres, nunca ha sido una secta al margen de la sociedad, una moda intelectual ni un burgués 'jugar con fuego'. Fue un movimiento proletario de masas, y tiene menos que ver con el neanarquismo de los grupos estudiantiles actuales, de lo que manifiestos y consignas hacen suponer. Estos octogenarios contemplan con sentimientos contradictorios el renacimiento que experimentan sus ideas en el Mayo de París y en otras partes. Casi todos han trabajado toda la vida con sus manos. Muchos de ellos van aún hoy todos los días a las obras y a la fábrica. La mayoría trabajan en pequeñas empresas. Declaran con cierto orgullo que no dependen de nadie, que se ganan la vida por sí mismos; todos son expertos en su especialidad. Las consignas de la 'sociedad del tiempo libre' y las utopías del ocio les son ajenas. En sus pequeñas viviendas no hay nada superfluo; no conocen la disipación ni el fetichismo del consumo. Sólo cuenta lo que puede usarse. Viven con una modestia que no los oprime. Ignoran tácitamente las normas del consumo, sin entrar en polémicas». Perdónese la longitud de la cita, que he creído necesaria por cuanto expone con sobria justicia un código moral bien distinto del que la ideología burguesa (e incluso alguna otra que pretende no serlo) atribuye al anarquismo.

Hans Magnus Enzensberger ha utilizado para escribir su «novela» muy diversos testimonios: desde el de un ex-divisionario azul, como Luis Romero, a los de la viuda y la hija del propio Durruti y el del sacerdote Jesús Arnal, escribiente de la columna; desde el del historiador «casi oficial» de la CNT, José Peirats, al de los comunistas Koltsov (más tarde depurado por el stalinismo), Ehrenburg y Lister; desde los de Rionda Castro y Ricardo Sanz (respectivamente

comisario político de la columna y jefe de la misma tras la muerte de su primer comandante) hasta el de Jaume Miratvilles, de tan ambigua trayectoria política posterior. Y lo ha hecho de manera diversa, «omitendo, traduciendo, acortando y montando», también parafraseado, pero respetando siempre la «razón de los demás» para conservar íntegra la propia. Hay que señalar que buena parte de las fuentes provienen de entrevistas personales entre Enzensberger y el informante respectivo.

Este libro nos enseña no sólo una nueva forma de novelar; nos enseña también, y, sobre todo, que si los anarquistas españoles cometieron muchos errores, supieron evitar el supremo error: perder su fe en la capacidad del hombre para entenderse con el hombre. ■ JOSÉ BATLLÓ.

LA VIOLENCIA ANTICA- PITALISTA

En el otoño de 1976 «se suicidaba» en la cárcel de Stuttgart - Stannheim una de las principales dirigentes de la «Fracción del Ejército Rojo en Alemania» (el llamado Grupo Baader-Meinhof). La Prensa y los medios de comunicación aprovecharon la ocasión para difundir un análisis negativo de la personalidad de la protagonista, Ulrike Meinhof. El trágico fin de esta «anarquista peligrosa» era el resultado —según dijeron— de su desequilibrio personal y político. Pese a ello, las denuncias formuladas por la familia y los abogados defensores de la víctima hacen suponer que la versión oficial sobre el «suicidio» dista mucho de estar suficientemente demostrada. Aún sin pretender entrar ahora en el esclarecimiento de estos hechos, conviene recordarlos como contrapunto obligado al comentar la aparición en nuestro país de una breve antología de los artículos de **Ulrike Meinhof** (1), gracias a la cual pode-

(1) Ulrike Meinhof: «Pequeña Antología». Selección y prólogo de Manuel Sacristán. Editorial Anagrama. Barcelona, 1976.

mos conseguir un primer acercamiento a su figura y su labor teórica.

En opinión de Manuel Sacristán, en su esclarecedor prólogo a esta **Pequeña Antología**, «no se trata de hacer ninguna apología, aunque un homenaje a esta víctima, como a cualquier otra, estaría justificado. Pero impide limitarse a ello (y precisamente por fidelidad del recuerdo) la importancia que los problemas entre los que ha vivido Ulrike Meinhof tienen para una política revolucionaria». Y es precisamente dentro de estos problemas donde se inserta la actividad teórica y política de esta mujer, cuya trayectoria crítica la llevó a la lucha declarada contra el sistema hasta la derrota de sus esperanzas revolucionarias.



La «Pequeña Antología» recoge una serie de artículos publicados por Ulrike Meinhof en la revista «Konkret», seleccionados teniendo en cuenta la etapa más decisiva en la formación teórica de la autora. De ahí la diferencia cuantitativa: mientras Sacristán ha recogido solamente un artículo de los años 1960, 1962, 1964 y 1966, la cifra aumenta a 4 en 1968 (fecha decisiva para la actitud política e ideológica de Ulrike). De todas formas, desde el primero hasta el último de sus artículos se hace manifiesta una sorprendente coherencia en el pensamiento de su autora, reflejada en su constante defensa de una democracia auténtica y en sus agudas críticas al reformismo imperante en las or-